

**DESENCUENTRO ÉTNICO Y REDUCCIONISMO
INTELLECTUAL DEL PROBLEMA RACIAL***

Walter Cordero **

Resumen

Comenzando con la presentación de los dos tipos distintos de sociedad en tiempo colonial, siguiendo con la dominación haitiana, y pasando por la matanza de los haitianos perpetrada por Trujillo un siglo después, hasta llegar, entonces, a la época contemporánea con la confrontación entre Aristide y Balaguer, el golpe de Cédras a Aristide y el apoyo que le dan las elites dominicanas, el artículo repasa las distintas estaciones y coordenadas de las relaciones dominico-haitianas sobre la base de un análisis sociológico que trata para explicarlas de ir más allá de un racismo epidérmico.

Abstract

The article begins with the two different types of society in the colonial era, continuing with the Haitian occupation at the beginning of the 19th century, and goes on to the massacre of the Haitians in the border, orchestrated by Trujillo a century la-

* Ponencia presentada en el Coloquio *Racismo en la R.D.*, Feria Internacional del Libro Santo Domingo, D.N., 30 de Abril de 2001.

** Sociólogo, profesor en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD).

ESTUDIOS SOCIALES 129

ter, also including the ensuing period. The article arrives then at the contemporary period with the confrontation between Aristide and Balaguer, Cedras' coup against Aristide, and the support it receives from the Dominican elite. The Dominican-Haitian relations are reviewed in these different historical periods on the basis of a sociological method which tries to go beyond an epidermal racism to explain them.

Las relaciones dominico-haitianas, como todo tema problemático, deben estudiarse en un contexto histórico donde se pueda trazar cómo las desigualdades de poder han seguido las necesidades apremiantes de cada lado de la frontera: territorios, autonomía/soberanía, intercambio comercial, mano de obra, atención internacional.

Es vital comprender esta multiplicidad de motivaciones, en constante fluidez dentro del horizonte temporal, para comenzar a, primero, explicar las razones profundas de las actitudes de un pueblo hacia otro, dividiéndolas por los distintos grupos sociales; y, segundo, aproximarnos a las soluciones que evitarán los conflictos de mayor envergadura.

Consideraciones metodológicas

A través de un amplio recorrido analítico que entrecruce la historia y la sociología intentaré dilucidar la contribución de lo haitiano al fenómeno racial en este país. Para esos fines, a cada una de las dos disciplinas mencionadas aplicaré la metodología de la otra: propongo que comprenderemos mejor la cuestión racial de esta isla si estudiamos la Sociología del pasado y la Historia del presente.

Las desigualdades a que nos referimos más arriba han variado con el tiempo, así como el peso específico de cada una de las necesidades citadas frente a las otras. Ese peso o importancia de las motivaciones que llevan a la hostilidad o la armonía ha

DESENCUENTRO ÉTNICO

cambiado también según los grupos sociales con mayor o menor primacía en la conducción oficial de las relaciones entre países. La amplitud de motivos, de actores y la falta de una política uniforme es lo que me impulsa a utilizar este doble instrumento de la Sociología y la Historia para tener una visión más completa del fenómeno.

En el pasado, autores nacionales y extranjeros escribieron sobre el racismo antihaitiano de los dominicanos sin que eso provocara gran resonancia. En cambio, en los últimos años dicho tema ha suscitado gran interés entre propios y extraños. Esto se debe, entre otras razones, al crecimiento acelerado de la población haitiana residente en República Dominicana, y a las repetidas denuncias formuladas en foros internacionales sobre la situación social y la discriminación racial que padecen dichos inmigrantes.

Se debe también a las nuevas "*descodificaciones intelectuales*" de la identidad y la nacionalidad, resultantes quizá del acomodamiento a nuevas relaciones políticas e internacionales, como expresión de arrepentimiento ético de algunos grupos intelectuales ante las prácticas imperiales pasadas y actuales de sus respectivos países.

El tema de la discriminación hacia los haitianos es estudiado con mucha emotividad. No es mi propósito atascarme en lo anecdótico y episódico, en negar o confirmar el discrimen antihaitiano. Lo que me importa realmente es conocer las causas de esta representación ideológica que enreda a quienes desconocen u olvidan el condicionamiento decisivo de los factores económicos y sociales y de las relaciones de poder para el estudio de la cuestión.

Al estudiar el discrimen antihaitiano, diversos autores enfatizan invariablemente el rechazo biológico que se hace al haitiano, que es lo que comúnmente se reputa como racismo. Esa manera de enfocar el tema es un calco teórico del modelo de exclusión racial tal y como lo entienden los norteamericanos y

ESTUDIOS SOCIALES 129

los sudafricanos. Para éstos, el hecho de que una persona tenga una gota de sangre africana lo convierte necesariamente en negro.¹

Aunque en los contextos mencionados el color de la piel constituyó siempre un motivo de exclusión, en nuestro caso dicha regla sólo se verificó excepcionalmente. El aspecto biológico no explica por sí solo el discrimen a lo haitiano, por más que se retuerza la interpretación de este asunto. Indudablemente, existe un discrimen dominicano ante el negro y lo negro, pero el antihaitianismo no puede considerarse un subconjunto de este fenómeno general. Más bien este es un fenómeno aparte, que por su complejidad y características histórico-culturales propias involucra a toda la población dominicana independientemente de su origen racial.

Precisamente por esa complejidad de causas y orígenes considero que la opinión epidérmica del llamado "*racismo dominicano antihaitiano*" resulta insatisfactoria e incluso prejuiciada, porque juzga taxativamente la actitud de lo dominicano ante lo haitiano, sin tomar en cuenta otras vertientes del problema, que si bien siempre se han obviado son indispensables para entenderlo.

Planteo, como sociólogo y como historiador, un cambio en la manera como se juzga la relación de lo dominicano hacia lo haitiano, con insistencia en un esfuerzo de búsqueda en los aspectos históricos y socioculturales —no en los raciales. Propongo la necesidad de encaminar una sociología histórica del prejuicio antihaitiano distanciada de los tópicos y lugares comunes. El enfoque racista limita y condiciona la explicación de cuestio-

1 Ginetta E.B. Candelario ofrece una discusión sobre este tema de la hipodiscendencia en su artículo "On Whiteness and Other Absurdities: Preliminary Thoughts on Dominican Racial Identity in the United States", publicado en la República Dominicana en el umbral del siglo XXI en BREA, Ramonina, ESPINAL, Rosario y VALERIO-HOLGUÍN, Fernando (editores), *Cultura, política y cambio social*, CUEPS/PUCMM, Santo Domingo, 1999. Ver especialmente las páginas 95 y 96 sobre este asunto.

DESENCUENTRO ÉTNICO

nes clave que atañen a nuestra identidad, las cuales –al limitarse a una interpretación puramente racista de ciertas manifestaciones culturales dominicanas– son interpretadas antojadizamente o ignoradas por autores locales y extranjeros.²

Desde los orígenes de ambas naciones, las potencias metropolitanas han utilizado esta isla como estudio de caso para probar la teoría racista de turno. Han venido, tanto al lado oriental como al occidental de la isla, multitud de viajeros que, creyéndose Darwin en las Galápagos, comparaban un pueblo al otro, cuestionando sus capacidades para mantener su independencia y convertirse en estados-naciones florecientes.

Estos teóricos foráneos –y a menudo los ejecutores de los planes imperiales, como sucedió durante la ocupación norteamericana de esta isla completa entre 1916 y 1924– han impuesto su óptica binaria del racismo epidérmico al juzgar las actitudes de una nación ante la otra. Lo que aparentemente no han comprendido, es el trasfondo histórico que ha forjado esas actitudes. En el caso dominicano hacia Haití no se trata –como en el caso de los países imperialistas– de un mecanismo para imponer y sostener situaciones de dominación. Por lo contrario, un aspecto esencial de esta actitud reside en la necesidad de preservar un territorio y sus escasos recursos ante una presión de ocupación irregular del mismo. Desgraciadamente, las teorías formuladas en el extranjero luego vienen a alimentar ciertas corrientes de pensamiento locales que, por distintas motivaciones, caen también en la simplificación del tema.

De ahí que en este ensayo, antes que hablar de racismo a secas, he preferido hablar de un desencuentro étnico que refleja dos mentalidades diferenciadas en las maneras como se perciben mutuamente.

2 Podemos citar como ejemplo a VALLEJO, Catherine, *Las madres de la patria y las bellas mentiras*, Ediciones Universal, Miami, 1999, en sus interpretaciones de la poesía "Las Vírgenes de Galindo" de Félix María Delmonte.

ESTUDIOS SOCIALES 129

El desencuentro consiste en el desentendimiento que norma las relaciones de dos mentalidades obligadas, sin embargo, por necesidades recíprocas y por vecindad a sostener una relación de convivencia, siempre incompleta. Esta relación ha sido difícil porque un componente ha necesitado el territorio, el mercado o el trabajo del otro y lo que ha prevalecido ha sido el uso de la fuerza y otros mecanismos irregulares, más que el diálogo o el acuerdo mutuo y justo para la obtención de esos fines. En adición a esto, la barrera lingüística, los traumas históricos, la agitación política, las intromisiones extranjeras, estimulan o inducen una relación desconfiada.

Ha existido durante largo tiempo una relación social limitada entre ambas comunidades, digamos de carácter secundario porque envuelve mercancías u objetos. Los factores básicos de las relaciones existentes (tierra, trabajo, mercancías, dinero) no aproximan a la gente desde el punto de vista humano, por lo cual predomina y permanece el desentendimiento. Las relaciones primarias –selladas por el parentesco y la confianza recíprocas– suelen manifestarse en la zona fronteriza y otros puntos dispersos donde la relación humana y social ha sido más común y cotidiana.

El desencuentro no ha existido de igual manera siempre, sino que ha cambiado con el tiempo. En algunas épocas ha habido mayor empecinamiento o rigidez en la defensa de ciertas ideas o proyectos, y, en otros, un mayor acercamiento entre los gobernantes y las gentes. Sin embargo, el desencuentro tampoco es un recogimiento mutuo; por el contrario, expresa una relación de poder donde una parte impone y otra resiste, donde se confronta lo legal y lo fáctico. De igual modo, la intensidad del rechazo a lo haitiano o lo inverso no ha sido igual siempre, adaptándose coyunturalmente las percepciones de cada quien a las circunstancias cambiantes conforme ha convenido a los intereses estratégicos de las élites.

Si bien a través de las prácticas del poder las élites han pau-

DESENCUENTRO ÉTNICO

tado el rumbo del desencuentro, sus decisiones se han supeditado más que a las cuestiones raciales, a los condicionamientos económicos, políticos y sociales, internos y externos.

Bases históricas del desencuentro dominico-haitiano

El desencuentro étnico tiene sus comienzos en la segunda mitad del siglo XVIII. En esa época, las dos colonias de Santo Domingo delinearon evoluciones históricas respectivas muy distintas, que a la postre pautaron la raíz y el desarrollo ulterior del problema que sesga las relaciones de ambos pueblos.

Durante ese periodo la parte española de la isla experimentó un repunte económico y demográfico gracias al impulso registrado en su producción ganadera, los intercambios comerciales con el lado francés y la inmigración canaria y de esclavos, incluyendo entre estos últimos a los fugitivos procedentes de la vecina colonia.

A su vez, el lado francés de la isla consolidó un sistema de plantación esclavista que reprodujo, grosso modo, una comunidad extremadamente desigual en lo social y racial. Esta era dominada plenamente por una minoría de grandes propietarios blancos que explotaba la mayoría de los habitantes, representados por esclavos de origen africano. Como es sabido, este modelo de sociedad colonial eclosionó violentamente y dio paso al Estado haitiano, representado casi exclusivamente por negros y mulatos.

Por su parte, la porción española recreó un tipo de sociedad menos diferenciada en su base económica y social y más integrada étnicamente. Su economía dependía principalmente de la explotación ganadera y el autoabasto alimentario. Este sistema productivo poco especializado se fundaba más en el aprovechamiento de la naturaleza que en la explotación intensiva del trabajo esclavo, razón por la cual en dicha sociedad no se verificó

ESTUDIOS SOCIALES 129

una separación tajante y conflictiva entre éstos y sus amos, tal y como ocurrió en el lado francés.

En adición a lo anterior, la escasa población existente –caracterizada desde entonces por el mestizaje– estaba constituida mayoritariamente por gentes libres. Ni los esclavos ni los libertos representaban un grupo segregado por marcadas diferencias ante el componente poblacional de origen hispánico, pues compartían el idioma y el grueso de las costumbres y usos culturales.

De hecho, hacia finales del siglo XVIII y a principios del XIX la población negra y mulata libre de más antigua residencia ya estaba inmersa en su propio proceso de identidad con el país en formación. Tal proceso se produjo también en el caso de los habitantes de origen español peninsular o canario.

Desde el principio del siglo XIX Haití tuvo más potencia económica, militar y demográfica que Santo Domingo, lo cual explica sus reiterados intentos de imponer su proyecto de dominación exclusivista de una isla indivisible bajo su mandato.

Este exclusivismo impulsó al liderazgo haitiano a hacer uso de la amenaza, antes que de la persuasión o la negociación en su trato con la población vecina. Por ejemplo, en 1801 el invasor Toussaint dijo: *"Yo os presento la felicidad o la desgracia: escoged"*. Luego, en 1805 Dessalines, amenazó en estos términos: *"No existiréis sino en cuanto mi clemencia se digne preservaros"*.³ Estas expresiones denotan una primera etapa del desencuentro, que permanecería latente en la memoria histórica de ambos lados.

Si para entonces los haitianos no lograron imponer su plan de dominio se debió, por una parte, al acoso a que el primer

3 Ver NOLASCO, Sócrates, "Blancos legales", en *Obras completas. Ensayos Históricos*, Biblioteca de Clásicos dominicanos, vol. XIX., Fundación Corripio, 1994, p. 240.

DESENCUENTRO ÉTNICO

estado antiesclavista americano fue sometido por su antigua metrópolis y a las luchas intestinas en que se enfrascaron sus líderes.

Por otra parte, este fracaso de dominio haitiano se explica porque en la colonia española existía un fermento de nacionalidad que anhelaba sobrevivir como entidad nacional separada. Los años que siguieron a la reconquista constituyen un momento crucial en la vertebración de un sentimiento de criollización entre los habitantes de la antigua posesión española de la isla.

El aislamiento en que permaneció la colonia respecto a su metrópolis y la pobreza generalizada que abatió a sus habitantes durante esos años, constituyeron una experiencia traumática para la burocracia colonial y los descendientes de españoles que habían repoblado la colonia en el siglo precedente. Estos últimos, representantes de una generación criolla emergente, estaban más vinculados e identificados con la sociedad colonial que con la metrópolis distante y desconocida. Por ende, en lo tocante al aspecto político, se incorporaron al propósito de disociación del dominio colonial y adoptaron ciertas prácticas culturales que denotan un inequívoco entronque con representaciones colectivas de origen vernáculo.

Un ejemplo de estas prácticas consistió en el impulso que cobró entonces en todo el territorio el culto de La Altagracia, a través de peregrinaciones y una mayor representación en la onomástica tanto femenina como masculina.

Esta necesidad de forjar una entidad nacional independiente, de convivencia isleña desapartada, se enraizó en los 22 años de la dominación haitiana y se consolidó durante las guerras que siguieron a la formación del Estado dominicano. El mentor eximio de esta idea, Juan Pablo Duarte, lo expresó en estos términos: *"Si los españoles tienen una monarquía española, Francia la suya francesa; y hasta los haitianos han constituido la República Haitiana, ¿por qué han de estar los dominicanos sometidos, ya a*

ESTUDIOS SOCIALES 129

*la francesa, ya a la española, ya a los mismos haitianos sin pensar en constituirse como los demás?*⁴

Es sabido que en ese proceso decisivo también hubo actitudes pro-haitianas disidentes, como han existido siempre, sin desmedro ante el sentimiento generalizado pro-dominicano de existir como entidad distinta y separada.

Este sentimiento nacionalista se manifestó nuevamente durante el gobierno de Salomón en 1885, cuando éste pretendió invadir el territorio nacional. En tales circunstancias, los dominicanos de todos los colores y partidos, así como varios antillanistas reconocidos que se sentían dominicanos, respondieron airadamente contra tales propósitos.

Desde el periódico *La República*, Eugenio Deschamps espetó: *"Aquella jente [sic] víctima de alucinaciones insensatas pretende que somos un pueblo sin derecho; que nuestra vida es un paréntesis abierto en su existencia; que somos, no más, la parte este de la república haitiana."*⁵

La actitud de Hostos iba acorde a su pensamiento independentista, siempre contra los planes de dominación de una nación sobre otra. En un artículo, el Maestro proponía solucionar el problema fronterizo de ocupación irregular por Haití de territorios dominicanos mediante la colonización de esas comarcas, distribuyendo tierras y abriendo escuelas, estableciendo imprentas y periódicos para reafirmar la lengua española.⁶

Al presentar estas acotaciones es mi intención poner a pensar una vez más a las gentes de hoy, tan desconocedoras de nuestro pasado en relación con Haití, si la postura de esos intelectuales se explica tan sólo y principalmente por un rechazo al color de la piel de nuestros vecinos; o si, por lo contrario, res-

4 *Ideario* de Juan Pablo DUARTE.

5 Editorial en el periódico *La República*, junio de 1885.

6 *El Eco de la Opinión*, noviembre de 1885.

ponde al reconocimiento de lo dominicano como entidad separada de lo haitiano.

De Trujillo en adelante

Ya en el siglo XX, con Trujillo, se abre una fase histórica en que por primera vez el epicentro de poder que fija el rumbo del desencuentro dominico-haitiano recae plenamente en República Dominicana.

El nuevo régimen surgió en coincidencia con la gran depresión capitalista de los treinta que conmocionó las economías caribeñas, derribando las ventas externas y los precios de sus principales renglones de exportación. No obstante la gravedad de la crisis externa y los cuantiosos daños provocados por el huracán San Zenón a principios de su mandato, Trujillo logró consolidar rápidamente su gobierno.

En el caso de Haití, la gran crisis capitalista mundial de esos años también repercutió negativamente sobre su economía, afectando principalmente las exportaciones de café. En adición a esta grave e inesperada situación, dicho país se vio obligado a acoger repentinamente a millares de sus braceros azucareros residentes en Cuba, desplazados de aquella isla por la quiebra de numerosos ingenios.⁷ La llegada de este contingente humano a un país pobre y muy poblado, con escasos terrenos vírgenes disponibles para la agricultura, acentuó la presión migratoria irregular hacia el territorio dominicano.

Sin embargo, esta vez el asunto no era tan sencillo como en el pasado, porque el poder trujillista operaba en base a un estado autoritario y centralizador que se proponía ejercer un control estricto sobre el territorio nacional. A pesar de las medidas

7 VEGA, Bernardo, *Trujillo y Haití*, vol. 1, 1930-1937, Fundación Cultural Dominicana, Santo Domingo, 1988, pp. 198-199.

ESTUDIOS SOCIALES 129

adoptadas por las autoridades dominicanas, el flujo prosiguió, incluso con el beneplácito de las autoridades haitianas, según testimonio de Julio Ortega Frier en referencia a una conversación con el presidente de Haití, Sténio Vincent.⁸

Esta situación no pudo sostenerse después de la salida de las tropas estadounidenses de Haití en 1935 y de la firma del tratado de límites fronterizos definitivos del 1936. La consolidación del régimen trujillista requería el apoyo del campesinado y la burocracia cívico-militar, y la tierra era el vehículo de gratificación obligatorio para tales fines. Es posible también que, al cerrar la posibilidad del minifundio haitiano en territorio dominicano, podría beneficiarse la poderosa industria azucarera, con una mayor disponibilidad de fuerza laboral haitiana.

La matanza y expulsión masiva de los residentes haitianos en territorio dominicano en 1937 sella la primacía de la fuerza trujillista sobre las pretensiones sempiternas de expansión del Estado haitiano a costa del territorio dominicano.

A seguida vino un período de exaltación estridente de una jefatura omnímoda, que supuestamente encarnaba y sintetizaba la reparación histórica de incontables oprobios pasados. Este desvarío del poder despótico, inflamado de lisonjas y mezquindades, enfatizó las diferencias entre ambos pueblos —unas veces deliberadamente y, las más de las ocasiones, en formas indirectas. Para eso, se destacó la ilustre prosapia del genio conductor y la de un pueblo frente al otro y las virtudes culturales de una nación en relación con la otra. La dictadura enarboló las diferencias entre los dos pueblos: lengua, religión, color, cultura. El asunto haitiano quedó entonces en las discusiones del poder en el nivel intelectual, de pura ideología. Con todo, siempre hu-

8 SAVIÑÓN, Ramón, *Memoria de la Era de Trujillo, 1916-1961*, Amigo del Hogar, Santo Domingo, 2002, pp. 124-138. Carta personal de Julio Ortega Frier, Secretario de Estado de Relaciones Exteriores, a Jesús María Troncoso, Embajador dominicano en Washington, D.C., 20 de septiembre de 1941.

DESENCUENTRO ÉTNICO

bo escaramuzas verbales entre las partes, ahogadas en la propia incomunicación de las polémicas intelectuales en países de analfabetos.

Ahora bien, cuando la vastedad del emporio azucarero trujillista sobrepasó los límites del reclutamiento interno compulsivo de mano de obra, la necesidad de trabajadores contratados moduló el lenguaje de aquellas voces.

Para el pueblo llano, lo haitiano quedó, como una sombra, sectorizado en el enclave azucarero, en las fugaces visiones de las caravanas silenciosas en un vaivén de inmigrantes. De hecho, lo haitiano se convierte en un tema ignorado, con una venda de desconocimiento sobre las relaciones recíprocas entre ambos países, por lo que surge una generación entera ignorante de la matanza y sus pormenores. Este evento quedó atrapado en la memoria de un grupo reducido y de un área geográfica limitada.

Período post-trujillista

Las relaciones de poder entre las élites dominico-haitianas durante los años post-trujillistas han variado según diversas circunstancias. El periodo transicional comprendido entre 1961 y 1965 –representado por gobiernos dominicanos débiles, inestables y breves– está trenzado por desavenencias intermitentes que reavivaron el desencuentro entre ambas partes. En cambio, durante los doce años balagueristas hubo un entendimiento con el duvalierismo en las relaciones de poder, por razones económicas e ideológicas mutuamente convenientes. En lo económico se trata de una oportunidad para la acumulación mediante mecanismos extralegales en el trasiego humano, a través de la burocracia cívico-militar. Se acuerda un ajuste conservador entre dos gobiernos autoritarios alrededor del azúcar y el control fronterizo.

ESTUDIOS SOCIALES 129

Azúcar y tráfico de braceros se convierten en fuente de riquezas para ambos lados: los que reclutan allá y los que explotan aquí. Esta flexibilización de la migración haitiana al Este recrea como contraparte el problema secular del asentamiento ilegal haitiano, tomando cuerpo una población residente de manera permanente —que apenas era residual durante la Era de Trujillo.

En el plano político administrativo, la frontera permaneció sellada a otros tipos de intercambios por conveniencias recíprocas del poder despótico en su lucha común contra la llamada “*infiltración*” comunista. Esto constituyó, en realidad, un mecanismo de exclusión de los partidos opositores o los exiliados haitianos a la práctica política en ese remoto espacio geográfico.

En cuanto al aspecto ideológico, el desencuentro de las relaciones dominico-haitianas prosiguió utilizándose por ambas partes para azuzar y hasta caldear los “*ánimos patrióticos*” en determinadas coyunturas de desavenencias o conveniencias políticas. Para esos fines el gobierno balaguerista creó la *Comisión Nacional de Fronteras*, una entelequia administrativa adscrita a la *Secretaría de Relaciones Exteriores*, dirigida en su primera etapa por el reconocido anti-haitianista y trujillista, Carlos Sánchez y Sánchez.

En la fase que cubre las últimas dos décadas del siglo XX, se afianza la complementación de necesidades recíprocas entre ambos países mediante la exportación de mano de obra asalariada barata desde el Oeste, y mercancías y alimentos emitidos por el Este. Durante esos años, la República Dominicana y Haití experimentaron cambios contundentes en sus respectivas economías y sociedades. Sin embargo, las tendencias fueron desiguales para ambos países: el Este avanzó rápidamente mientras que el Oeste retrocedió de manera notable.

En un plazo relativamente breve en la República Dominicana se produjo el recambio de sus actividades económicas agro-exportadoras tradicionales por la prestación de servicios —princi-

DESENCUENTRO ÉTNICO

palmente en el sector turístico– y la producción industrial en zonas francas. El desarrollo de estos nuevos sectores, conjuntamente con la expansión desmesurada del Estado y en consecuencia del gasto público, contribuyó a resituar la población nacional dentro del espacio geográfico. Correlativamente, se produjo un congestionamiento poblacional urbano y una gran emigración al exterior.

En contraste con esa tendencia, Haití sufrió un gran desgaste económico e institucional. Desde los años ochenta, las sucesivas crisis político-militares aceleraron el desmembramiento del Estado haitiano.

Por las razones apuntadas, durante estos años el territorio dominicano se convirtió en el refugio masivo de los pobres de Haití. A todo esto contribuyó también la pertinaz vigilancia de las autoridades norteamericanas al ingreso a sus costas de nacionales haitianos bajo distintos alegatos abiertos y encubiertos, entre los que se incluyen prevenciones sanitarias contra el SIDA. De hecho, durante el gobierno de Bush (padre), la administración norteamericana impuso una cuarentena marítima para impedir el paso de embarcaciones haitianas al estado de Florida.

En consonancia con los cambios registrados en la economía dominicana, los trabajadores haitianos fueron desplazándose del coto laboral tradicional representado por la industria azucarera hacia el agro en su conjunto, y luego también a diversas actividades primarias y terciarias.

Al asumir el gobierno de Haití en 1991, Jean Bertrand Aristide retoma la beligerancia característica de algunos líderes haitianos del siglo XIX, respecto a las relaciones de aquel país con República Dominicana. El ex sacerdote salesiano recurrió a los foros de organismos internacionales –ONU y OEA– para denunciar la ruinoso condición social y el discrimen racial que sufrían sus co-nacionales residentes en Santo Domingo.

No obstante la animosidad recíproca creada en torno al pro-

ESTUDIOS SOCIALES 129

blema, el peso de los intereses económicos nucleados alrededor de la industria azucarera y otras actividades dispuso un arreglo fáctico que acalló rápidamente los discursos del Lavalas. La confrontación Aristide-Balaguer representa la debacle del proyecto conflictivo del primero ante el foro internacional. Pesaron más los intereses compartidos de comerciantes y militares, de las élites, por encima de la reivindicación racial. Al tratar Aristide de enfrentar a la industria azucarera, pierde el juego y Cédras toma el poder, con una continuidad cimentada por la relación de corrupción entre ambos Estados. De hecho la durabilidad del sucesor, General Cédras, está asociada a la permisividad dominicana contra el bloqueo internacional que sufrió Haití, lo cual se convirtió en una gran oportunidad de negocios para las élites.

Por supuesto, esta connivencia entre las fuerzas conservadoras de ambos lados no excluyó que al mismo tiempo –en el plano interno de la República Dominicana– la cuestión haitiana constituyese un ingrediente ideológico esencial de las mascaradas electorales balagueristas en sus últimos diez años. Este tema cobró interés por la doble coincidencia de la relación conflictiva con Aristide y el peligroso desafío que oponía el liderazgo de José Francisco Peña Gómez a las aspiraciones eternas de gobierno de Joaquín Balaguer. La propaganda adversa contra Peña Gómez enfatizaba siempre su origen haitiano.

El llamado milagro económico dominicano iniciado en los años noventa distanció radicalmente a los pobres y ricos del país. Junto a los bulevares y rascacielos de estos años ocurrió una migración rural sin precedentes que abandonó el campo al cuidado de los inmigrantes haitianos, quienes prosiguen el proceso de depredación que nuestros campesinos comenzaron. Igualmente se desarrolló una gran masa laboral haitiana, esparcida por todo el territorio dominicano, que ahora reclama para sí la doble nacionalidad.

No hay datos confiables sobre el número de inmigrantes haitianos residentes en el territorio dominicano. Aunque es difícil

DESENCUENTRO ÉTNICO

establecer dicha cifra por distintas razones, se habla de más de un millón de habitantes distribuidos en todo el país. Se trata de un contingente poblacional importante para el funcionamiento de la economía dominicana, y más que nada, del sector de la construcción, que es la actividad más dinámica y de mayor peso específico dentro de las actividades no dependientes directamente del sector externo, como lo son el turismo y las industrias de zona franca.

De hecho, la construcción es uno de los principales mecanismos de acumulación del sector financiero y de las grandes compañías constructoras. La indispensabilidad de esta mano de obra para el funcionamiento de la construcción, llevó al poderoso Secretario de Obras Públicas, Diandino Peña, a desautorizar al Presidente Leonel Fernández en relación al empleo masivo de haitianos en obras del Estado, contraviniendo la ley que regula la proporción de extranjeros para estos casos. Esto nos hace pensar en la importancia económica del asunto si, a pesar de la vigilancia fronteriza y las repatriaciones, aumenta cada día el número de residentes haitianos en el país.

El nuevo giro que ha tomado la cuestión haitiana se produce en una sociedad de valores cambiantes respecto a la dominicanidad y su destino, que cuenta como soporte institucional y administrativo con un Estado desvinculado, incapaz de articular un proyecto definido de nación en los tiempos de la globalización, definiendo la cuestión migratoria como parte de sus intereses estratégicos en la lucha contra la pobreza y la identidad nacional.

El desencuentro actual entre lo haitiano y lo dominicano es más complejo que nunca, porque el problema ya no consiste en una mera ocupación de espacios disputados ni una amenaza bélica. Lo que la inmigración y sus defensores internos y externos reclaman es el derecho a ostentar una nacionalidad conveniente que apunta hacia la formación de una minoría étnica que tiende a redefinir lo dominicano tal y como se ha concebido tradicionalmente.

ESTUDIOS SOCIALES 129

En un país donde la élite dominante y la clase política en particular piensan siempre y primero por el tamaño desmedido de sus apetencias de riquezas, es difícil esperar de ellos una búsqueda de respuestas inteligentes y armónicas para un problema difícil que divide y sectariza las opiniones mediante el inevitable sesgo racial.

Actualmente, la volátil migración haitiana ha arropado el país sin que exista una política oficial al respecto y ni siquiera una discusión académica idónea, de su importancia en el presente y el porvenir de los dominicanos. Hablo específicamente de la influencia que ejercerá esta nueva modalidad del desencuentro en las próximas décadas en el nuevo perfil de la nacionalidad dominicana.

También me refiero a cómo este fenómeno afectará la tolerancia relativa que ha existido tradicionalmente en las relaciones raciales de los dominicanos entre sí. Como se sabe, hasta ahora nuestra historia no registra episodios memorables de violencia racial entre nosotros mismos. Esto contrasta con lo ocurrido en otros países del área donde existen etnias indígenas sometidas; y también –como ha sucedido tradicionalmente en Haití– donde hay grupos raciales diferenciados pugnando por el poder.

En cualquier caso, el aspecto racial ha sido sobredimensionado por las élites y ciertos intelectuales para hilvanar una teoría del racismo dominicano/antihaitiano que, sin embargo, nunca logra explicar porqué es más común un entendimiento entre la clase gobernante que en el colectivo de ambas comunidades. Que se sepa y que se entienda: uno de los nudos que traban la aproximación de nuestras dos mentalidades con la fluidez afectiva requerida para sostener un vínculo de vecindad más o menos armonioso y continuo, o para compartir nuestra nacionalidad, consiste en la escasez de experiencias auténticamente solidarias y compartidas. Esto es lo que efectivamente sostendrá una memoria social donde la cooperación prevalecerá sobre las diferencias y el conflicto.

Estudios Sociales
Vol. XXXV, Número 129
Julio - Septiembre 2002

PARA LA HISTORIA DOS CARTAS

**PARA LA
HISTORIA
DOS CARTAS**

EDITORIAL EL DIARIO
JULIO 30 1943
SANTIAGO, REPÚBLICA DOMINICANA